

Estimado lector/a:

Gracias por descargar este artículo. El texto que está a punto de consultar es de acceso libre y gratuito gracias al trabajo y la colaboración desinteresada de un amplio colectivo de profesionales de nuestra disciplina.

Usted puede ayudarnos a incrementar la calidad y a mantener la libre difusión de los contenidos de esta revista a través de su afiliación a la asociación AIBR:

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

La asociación a AIBR le proporcionará una serie de ventajas y privilegios, entre otros:

- 1 *Recibir en su domicilio la revista en papel, en Europa y América (tres números anuales).*
- 2 *Acceso a consulta de los artículos en proceso de evaluación en la revista, así como a otros documentos de interés en la Intranet de socios.*
- 3 *Derecho a voto en las asambleas de socios, así como a presentarse como candidato a la elección de su Junta Directiva.*
- 4 *Recibir el Boletín de socios (tres números anuales), así como la información económica relativa a cuentas anuales de la asociación.*
- 5 *Reducción de precios en congresos, cursos, libros y todos aquellos convenios a los que a nivel corporativo AIBR llegue con otras entidades (incluidos los congresos trianuales de la FAAEE).*
- 6 *Promoción gratuita, tanto a través de la revista electrónica como de la revista impresa, de aquellas publicaciones de las que sea autor y que estén registradas con ISBN. La difusión se realiza entre más de 6.400 antropólogos suscritos a la revista.*
- 7 *Cuenta de correo electrónico ilimitada de la forma socio@aibr.org, para consultar a través de webmail o cualquier programa externo.*
- 8 *Promoción de los eventos que organice usted o su institución.*
- 9 *Opción a formar parte como miembro evaluador del consejo de la revista.*

IMPORTE DE LA CUOTA ANUAL: Actualmente, la cuota anual es de 34 euros para miembros personales.

Su validez es de un año a partir del pago de la cuota. Por favor, revise la actualización de cuotas en nuestra web.

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>



EL CIRUJEO EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. VISIBILIZACIÓN, ESTIGMA Y CONFIANZA

Mariano D. Perelman

Universidad de Buenos Aires

Resumen

Durante la década de 1990 y los primeros años de la siguiente, en las calles de la ciudad de Buenos Aires comenzaron a aparecer miles de personas, que luego de haber perdido el empleo, recurrieron a hurgar en las bolsas de residuos en busca de materiales que pudieran ser vendidos o reutilizados. Esta actividad se ha denominado cirujeo. En este artículo me interesa analizar la manera en la que viven la actividad las personas que se iniciaron en la recolección informal a mediados de los noventa. Demostraré en este trabajo que esa vivencia no se sustenta en una relación lineal entre estigma y vergüenza, sino que es más compleja y contradictoria. Al tiempo que los cirujas quieren pasar desapercibidos en ciertos ámbitos y sienten vergüenza por las tareas que realizan, deben visibilizarse y generar relaciones de confianza –lo que supone reconocimiento mutuo– con quienes les proveen la basura. Para desnaturalizar esa relación entre estigma, vergüenza y cirujeo –que suele pensarse de manera transparente– y llegar a dar cuenta del carácter a la vez colectivo, singular y experiencialmente vivido de la misma trabajaré a partir de un análisis complejo de las trayectorias de las personas, los discursos hegemónicos en torno al *trabajo*, las proyecciones y diferencias entre lo que los cartoneros son y lo que querrían ser. En general, lo que me interesa argumentar es que no sólo la experiencia subjetiva de la desigualdad colabora en la explicación de la acción de los sujetos, sino que también determina la forma en la que la actividad se estructura.

Palabras claves

Buenos Aires, cartoneros, cirujeo, confianza, vergüenza.

'CIRUJEO' IN THE CITY OF BUENOS AIRES: VISIBILIZATION, STIGMA AND TRUST.

Abstract

During the late 90s and the earliest 2000's, thousands of people who had lost their jobs began to be seen in the streets of Buenos Aires looking into the dumpsters, and searching for materials to be recycled, reused and re-sold again. This activity is known as *cirujeo*. In this article I analyze the way in which the people who began collecting garbage in the mid-nineties have made a living from this activity. I will show that these experiences are not based on a linear relationship between stigma and shame, but in a more complex and contradictory construction. While the *cirujas* want to be unnoticed in some areas and feel shame because of what they do, they also must get visible to generate relationships of trust with the garbage provider, and this involves a mutual recognition. In order to denaturalize the relationship between stigma, shame, and *cirujeo*- relation that is usually thought as natural- and to explain the collective, singular and experientially lived character of the activity and the feelings linked to it, I analyze the trajectories of people, the hegemonic discourses around work, the projections and differences between what the *cartoneros* are and what they would like to be in

a complex and relational way. I argue that it is not only the subjective experience of inequality what contributes to the explanation of an specific action, but also what determines the way in which a certain the activity is structured.

Key words

Buenos Aires, cartoneros, cirujeo, trust, shame.

Recibido: 6 de Mayo de 2009

Aceptado: 7 de Enero de 2010

1. Introducción

Existe un gran consenso acerca de cuáles fueron algunas de las consecuencias de la implementación de reformas institucionales de carácter neoliberal en la Argentina iniciadas en la década de 1970 y profundizadas durante la de 1990. Una de ellas es que ciertas instituciones que tenían un rol central y que apuntalaban la integración social, como el mercado de empleo, comenzaron a expulsar hacia los márgenes a amplios grupos sociales haciendo de la desocupación y la pauperización los efectos más visibles de estas transformaciones. En muy poco tiempo la sociedad dejó de caracterizarse por la integración y la inclusión social a partir del empleo para convertirse en una sociedad con altos índices de vulnerabilidad e inestabilidad social permanente. Estas características fueron constituyéndose en elementos centrales de la vida cotidiana de las personas.

El desempleo pasó tan sólo en una década del 6% en 1990 a un histórico 22 % en mayo de 2002. Algo similar ocurrió con la pobreza. Si para el año 2000 el 29,7% de la población estaba bajo la línea de pobreza, en mayo de 2001 ascendía a 32,7, alcanzando en octubre de 2002 el 54,3¹.

En este contexto, en las calles de la ciudad de Buenos Aires se incrementó notablemente la cantidad de cirujas –también llamados cartoneros–, personas que

¹ El porcentaje corresponde a la población del aglomerado Gran Buenos Aires, que incluye la ciudad de Buenos Aires y los partidos del primer y segundo cordón del Conurbano, es decir, Avellaneda, General San Martín, Lanús, Lomas de Zamora, Morón, Hurlingham, Ituzaingó. Quilmes, San Isidro, Tres de Febrero y Vicente López (GBA1) y Almirante Brown, Berazategui, Esteban Echeverría, José C. Paz, Malvinas Argentinas, San Miguel, Florencio Varela, La Matanza, Merlo, Moreno y Tigre (GBA 2). Por su parte, es necesario aclarar la metodología para medir la pobreza remite al índice de precios de una canasta básica por lo que en momentos de inflación la pobreza crece rápidamente en muy poco tiempo. Ver: www.indec.gov.ar

hacían de la basura una mercancía a través de la recolección informal². Se trataba de miles de sujetos hurgando en las bolsas de residuos en busca de elementos que pudieran ser vendidos o reutilizados. La selección que ellos realizan entre los desechos convierte a ciertos materiales (generalmente papel, cartón, metales, vidrios y plásticos) a través del acondicionamiento (lavado, diferenciación, secado, limpiado) en una mercancía. Estos materiales son vendidos a depósitos, que a su vez lo comercializan a depósitos mayores (especializados), que también los venden a grandes industrias en donde finalmente se reciclan y reutilizan como materia prima para nuevos productos de consumo masivo.

Sin embargo, a diferencia de lo que suele suponerse, el incremento de la desocupación y de la pobreza no es suficiente para explicar el crecimiento de la cantidad de cirujas en la ciudad. Otros factores estuvieron en el origen de este fenómeno. Por un lado, las limitaciones impuestas por las normativas que regían la gestión pública de los desechos en todo el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) influyeron en la expansión del circuito informal de recolección y recuperación. Al prohibir la posibilidad de la recuperación de desechos por la vía oficial se abrió un intersticio para que dicha actividad fuera realizada por otros actores interesados en la compraventa de residuos, tanto como estrategia de supervivencia o con objetivos comerciales³. Por otro, la devaluación de la moneda nacional a comienzos de 2002, al suprimir la paridad cambiaria entre el peso argentino y el dólar estadounidense, produjo un importante aumento en los precios de los materiales importados que podían ser encontrados en la basura, creciendo estos más de un 100% entre el año 2001 y el 2002 (Escliar, et al. 2007: 28).

Todos los factores mencionados –falta de empleo, desocupación creciente, disponibilidad de residuos en las calles de la ciudad y demanda de elementos reciclables por parte de las empresas – hicieron que la recolección informal de residuos se convirtiera en una estrategia posible de supervivencia para muchas familias del AMBA. Sin embargo, para la mayoría de los que comenzaron a realizar la actividad en este período el cirujeo no fue la primera opción luego de la pérdida del empleo. *Changas* y diferentes planes sociales, formaron parte de la nueva

² En el artículo utilizaré la categoría ciruja y cartonero como sinónimos.

³ Un análisis de la normativa puede encontrarse en Paiva y Perelman (2008).

cotidianeidad, que luego se fueron combinando con la recolección informal, una actividad históricamente estigmatizada.

Entre 2002 y 2007 realicé el trabajo de campo con personas que cirujeaban en la ciudad de Buenos Aires que sirvió para elaborar el presente artículo. Durante ese lapso observé y registré distintas situaciones, tanto cuando trabajaban en la calle como en otros momentos de su vida cotidiana. Seguí en profundidad a quince cirujas que contaban con diferentes trayectorias laborales y antigüedad. El fruto de las entrevistas y notas de campo, nutrido con el material surgido de entrevistas a otros sujetos, observación participante y con el análisis de documentos, me sirvió para constatar y contrastar, poner en relieve y problematizar la visión de los sujetos.

Durante el trabajo de campo, muchos de los cirujas que habían empezado a cirujear hacia fines de la década de 1990 expresaban con fuerte pesar el haber dejado de ser los proveedores del hogar al quedarse sin empleo y hacían referencia a la vergüenza que sentían al realizar la actividad, incluso más allá de las primeras salidas. Esta sensación también la percibía mientras caminaba junto a ellos por las calles. Cuando charlábamos de lo que habían hecho antes de cirujear como forma de ganarse la vida, sus palabras se teñían de melancolía, sus voces se entristecían y más de una vez me encontré ante la incómoda situación de ver llorar a mi entrevistado. Manifestaban el deseo de volver a “tener un trabajo, un laburo como antes”. Cuando hablaban de “trabajo” aludían a las actividades previas pero también a todo un imaginario social, a cierta percepción de seguridad social, simbólica y material.

En este artículo me interesa analizar la manera en la que viven la actividad las personas que se iniciaron en la recolección informal a mediados de los noventa. Demostraré en este trabajo que esa vivencia no se sustenta en una relación lineal entre estigma y vergüenza, sino que es más compleja y contradictoria. Al tiempo que los cirujas quieren pasar desapercibidos en ciertos ámbitos y sienten vergüenza por las tareas que realizan, deben visibilizarse y generar relaciones de confianza –lo que supone reconocimiento mutuo- con quienes les proveen la basura. Para desnaturalizar esa relación entre estigma, vergüenza y cirujeo –que suele pensarse de manera transparente- y llegar a dar cuenta del carácter a la vez colectivo, singular y experiencialmente vivido de la misma trabajaré a partir de un análisis complejo de las trayectorias de las personas, los discursos hegemónicos en torno al

trabajo, las proyecciones y diferencias entre lo que los cartoneros son y lo que querrían ser. En general, lo que me interesa argumentar es que no sólo la experiencia subjetiva de la desigualdad colabora en la explicación de la acción de los sujetos, sino que también determina la forma en la que la actividad se estructura. Este artículo se divide en cuatro secciones. En la primera, doy cuenta del ideal de trabajador que se ha constituido en Argentina en gran parte del siglo XX. Allí resalto la centralidad que ha tenido la figura del trabajador formal, especialmente para los hombres que fueron construidos como el sostén del hogar. La importancia concedida a ese ideal también es parte del marco referencial de los cirujas, lo que deja en claro que esta construcción de sujeto no se borra con la pérdida del empleo sino que se resignifica. En la segunda sección, me centro en la forma en la que la actividad se ha estructurado, poniendo especial atención en la diferencia entre cirujas estructurales y nuevos cirujas, discriminando diversas actitudes frente a la actividad. En la tercera sección, me dedico a indagar en la relación entre estigma y cirujero, al mismo tiempo que marco las implicancias que la noción de estigma y vergüenza tiene para las personas que realizan la actividad en tanto elemento explicativo de las conductas de estos. En la última parte del trabajo, doy cuenta de cómo esa intención de pasar desapercibido convive con lo que *a priori* parece su reverso: la necesidad de ser reconocidos.

2. De la idealización del trabajo a la desocupación

Yo recuerdo que en los tiempos del trabajo en las empresas, Gas del Estado, la construcción, él [el padre] llegaba el día del niño, el día de mi cumpleaños y siempre llegaba con bolsas de juguetes. No los compraba él, se los daban de su trabajo [...] aparte él llegaba con su sueldo completo en un sobre, podía comprarnos lo que él quería. Y, eso tendría que volver a funcionar así. Ahí está, el hombre ahí realmente se siente como un verdadero útil a la sociedad. Nadie le está diciendo, nadie le va a decir por las calles va el cirujero⁴.

En Argentina la pérdida del empleo guarda relación con una serie de sentidos que remiten a una historia particular. Para ilustrar la importancia que ha tenido el

⁴ Entrevista realizada a Víctor un cirujero de 50 años, en Marzo de 2005.

trabajo en tanto elemento significador, a continuación daré cuenta de algunos de los procesos principales.

Desde 1930, con la implementación del modelo de sustitución de importaciones, la ciudad de Buenos Aires comenzó a recibir masivamente migrantes de diferentes provincias del país en busca de trabajo. Migrar hacia Buenos Aires se ligaba a la expectativa de vastos sectores de la población que buscaban mejores oportunidades. Al referirse a los cambios ocurridos y consolidados durante los primeros gobiernos de Perón (1945-1955), Torre y Pastoriza (2002) hablan de una “democratización del bienestar”, ya que durante estos años, con la redistribución de los ingresos y la expansión de los consumos, la prosperidad fluyó a lo largo de la pirámide social urbana como nunca antes. La ciudad representó el acceso a una mayor variedad de bienes y un mejor aprovechamiento de los beneficios de las políticas sociales y del gobierno peronista a partir de la formalización del trabajo y los beneficios ligados a este. Como parte de este proceso, la figura del trabajador se resignificó. No sólo a partir de entonces, todos los hombres son definidos como trabajadores (James, 2005), sino que la misma concepción de trabajo se puso en el centro de la escena como elemento dignificante de la vida de las personas.

La idea de ser trabajador, en una Argentina de casi pleno empleo, fue ligada a dos procesos. Por un lado, el de construcción de la relación ciudadanía- empleo. Y por otro, el del desarrollo del ideal de familia organizado en torno al trabajo de un jefe varón proveedor de los ingresos familiares.

Con respecto al primero, a partir de la consolidación del Estado de Bienestar, y a diferencia de los países centrales, la expansión de los derechos sociales no estuvo ligada a la idea de ciudadanía sino a la del trabajador formal. La expansión de la legislación protectora y regulatoria del trabajo, favoreció, en esta instancia identificatoria (casi superpuesta a la de ciudadano), la incorporación de un conjunto extenso de categorías ocupacionales (Grassi, Hintze y Neufeld, 1994: 15)⁵.

Con respecto al segundo de los procesos marcados, plantean Torre y Pastoriza (2002), el proceso de democratización del bienestar al que asistió el país durante la década peronista puede ser condensado en una imagen: la de una familia

⁵Las mismas autoras plantean que, pese a la inestabilidad política, al cuestionamiento al Estado y las propuestas privatizadoras que comienzan a recorrer el país con la autodenominada Revolución Libertadora en 1955 que derroca al gobierno de Perón, las condiciones básicas del modelo se sostuvieron aún bajo gobiernos oligárquicos o dictatoriales. Estos, trasgredieron sistemáticamente los “derechos políticos” pero mantuvieron los “derechos al trabajo y las políticas sociales.

típica en la cual el padre está sentado leyendo el diario o escuchando radio, la madre se encuentra haciendo labores domésticas y los hijos, entre tanto, ocupados en sus tareas escolares. Esta imagen según Gené (2005) condensa gran parte de los presupuestos que el peronismo quería inculcar en los imaginarios populares: el bienestar de las familias trabajadoras merced a la acción del Estado protector que garantizaba tanto las necesidades básicas –vivienda, educación, alimentación– como el acceso a los espacios de la cultura y la recreación. En esta idea de familia, el hombre trabajador es el proveedor de la seguridad material mientras que la figura de la mujer pertenece al ámbito doméstico, como madre y forjadora de futuras generaciones. El hogar tenía a la mujer por pilar y custodia de los valores morales, cívicos y culturales.

En este modelo, el Estado de mediados de siglo XX se instituyó en un actor activo de política económica alineando sus acciones hacia la conformación de un orden que ponía al trabajo y a la categoría de trabajador en el centro de la escena, tanto en lo que refiere a la construcción legal como identitaria del sujeto. De este modo, los derechos sociales se fueron configurando como derechos del trabajo y quedaron indisolublemente ligados al trabajo formal. La condición socio-ocupacional y la capacidad de aporte al sistema fue el determinante de la seguridad social de las personas (obras sociales y previsión)⁶.

A partir de la dictadura militar iniciada en 1976, sin embargo, la situación cambió. Entonces, la plena ocupación, el acceso a los bienes y servicios que brindaba la ciudad y las políticas de integración social, se vieron jaqueadas. Como ya marqué en la introducción del artículo, la implementación de un nuevo modelo

⁶ Pese a lo dicho, no es que la desocupación y la pobreza no hayan existido. De ello dan cuenta, por ejemplo, los debates en torno a la idea de masa marginal y ejército de reserva de Núñez y las preocupaciones de Germani en torno a la estructura social argentina y la población marginal (Cf. Núñez, 2001). A su vez, paralelamente a este mercado formal de trabajo, a este ideal de trabajador, y adentrándonos en el segundo de los niveles de análisis, han existido otras formas de ganarse la vida, menos reconocidas. La recolección informal de residuos, a la que hoy llamamos cirujeo o cartoneo, cuenta con una larga historia y, así como la idea de trabajador formal, fue variando en el tiempo. Lo que he denominado cirujas estructurales (ver “La aparición...” en este artículo) eran hombres que, pese a estar en *condiciones* de estar insertos en un mercado formal de trabajo que (supuestamente) podía incluir a todas las personas, no lo estaban. El cirujeo se construyó en contraposición al discurso del trabajador ideal formal, y se lo ligó a los maleantes y vagos, a formas de vida marginales y *fácil*⁶, como un rebusque, un (no) trabajo. Si bien no eran ámbitos separados o sea, mercado de trabajo formal/ imaginarios en torno al empleo, trabajadores por un lado, y cirujeo/ trabajo informal, no trabajo, cirujas, (no) trabajadores por el otro, soleó verse como ámbitos de acción diferentes y estos dos *mundos* parecieron comenzar a unirse durante las décadas de 1990 y 2000 a partir de una serie de transformaciones en el mercado de trabajo.

económico productivo llevó a la pauperización de los sectores medios y a la de los sectores pobres. Se produjo un proceso de empobrecimiento generalizado de la sociedad, llevando a sectores que hasta ese momento nunca habían sido pobres a esta condición. Durante la última década del siglo XX la pérdida del empleo pasó a constituirse en un dato de la vida cotidiana evidente experimentado por sectores cada más crecientes de la población argentina. Torrado (2003) plantea que una de las formas de abordar la relación entre la dinámica demográfica y la reproducción macroestructural de la pobreza se expresa en la tesis de la 'transferencia intergeneracional'. Si hasta entonces existía una expectativa de ascenso social, desde los setenta es posible hablar de una imposibilidad de que los hijos de padres pobres experimenten movilidad social ascendente, o sea dejen de ser pobres. Parafraseando a Bourdieu(1999: 444), podría decir que se trata del tiempo de los "proyectos quebrados", lo que inevitablemente conlleva fuertes implicancias sociales y personales.

En el proceso de pauperización que vivió el país durante el último cuarto del siglo la ciudad de Buenos Aires se convirtió en un espacio de contrastes y en un recurso para nuevos sectores. La ciudad ya no se presenta como un espacio de prosperidad para todos, como lo había sido en las décadas anteriores, sino que se caracteriza por las contradicciones, por la profundización de las desigualdades sociales. Una de las características que se evidencian con mayor notoriedad es que cada vez más personas comenzaron a desarrollar estrategias de supervivencia que tuvieron un fuerte anclaje en el espacio público. Todo esto influyó en las formas socialmente significadas de cirujear.

En principio, se ha dicho que la nueva pobreza⁷, como fue conceptualizada, es diferente a la pobreza urbana de las décadas precedentes (Kessler y Di Virgilio, 2008). Anteriormente, la pobreza era asociada a la villa miseria⁸ y quedaba

⁷ La idea de nueva pobreza según Minujin (1991), en uno de los trabajos pioneros sobre el tema para el caso argentino, se refiere a aquellos que viven bajo la línea de pobreza (LP) pero que no sufren ninguna de las carencias tomadas en consideración por el indicador de necesidades básicas insatisfechas (NBI), marcando una diferencia con respecto a los denominados "pobres estructurales". Durante la década de 1990 conforme iba subiendo el índice de pobreza e indigencia para abarcar a nuevos sectores que hasta ese momento nunca lo habían sido, la bibliografía comenzó a multiplicarse. Entonces nuevos pobres, nueva(s) pobreza(s), heterogeneización de la pobreza, caída, clases medias empobrecidas, fueron algunas de las caracterizaciones que se trazaron sobre la argentina de los 90s, en la cual se rompían viejas formas de sociabilidad a la vez que aparecían nuevas. (Para un análisis crítico de este proceso ver Álvarez Leguizamón, 2008).

⁸ En otros países se las conoce como favelas (Brasil), Chabolas (España), slum (en los países de habla inglesa). Para un análisis de las villas de emergencia en la ciudad de Buenos Aires, su

confinada a los fragmentos de ciudad sin *status* de ciudad, al decir de Cravino (2008). Las villas eran la expresión territorial de la posición que las personas ocupaban en la estructura social. Ahora bien, la aparición de la nueva pobreza quebró con esta lógica característica de la *pobreza estructural*, “puesto que ahora la posición social no se traduce necesariamente en formas estandarizadas de ocupación del territorio ni en condiciones uniformes de acceso al hábitat y a los servicios urbanos” (Kessler y Di Virgilio, 2008: 44). En este sentido, según algunos autores como Prevot Schapira (2002), se modifican los usos y prácticas de y en la ciudad, generando una nueva conflictividad en la vida urbana. Al mismo tiempo, se ha marcado un proceso creciente de aislamiento de los pobres urbanos, basado especialmente en la segregación residencial⁹.

El análisis del caso de los cirujas permite iluminar un aspecto adicional de estos procesos ya que permite dar cuenta de las nuevas interacciones entre diferentes sectores sociales en el espacio público que establecen relaciones de contacto en el marco de políticas segregatorias. Y si es cierto que se genera una nueva conflictividad, también es cierto que se conforman nuevas relaciones de alianza, afinidad y cercanía desde la producción y mantenimiento de confianza. Las calles aparecen como el lugar de la interacción entre diferentes proyectos (Velho, 1981), proyectos no buscados pero que se fueron configurando como reales.

El analizar las interacciones de los sujetos, los modos en que diferentes sistemas cognitivos, de valores, las redes de significado (Geertz, 1992) que se manifiestan, permite dar cuenta de cómo en los nuevos ámbitos se ponen en contacto las diferencias sociales y los mundos morales a la vez que se refuerzan las jerarquías sociales que actúan, con mayor o menor visibilidad, sobre toda la vida social (Dumont, 1966).

población, su caracterización y la intervención estatal pueden consultarse Cravino (2006), Ratier (1972), Ziccardi (1983), entre otros.

⁹ Que se manifiesta en la conformación de *countries* o barrios privados habitados por los sectores más favorecidos (cf. Svampa, 2001) y, por el otro, en la de asentamientos y villas (Cf. Merklen, 1991, 2000; Cravino, 2006). Con respecto a la noción de segregación y sus consecuencias un trabajo que tuvo gran influencia fue el de Kaztman (2001).

3. La aparición masiva de los cartoneros en las calles porteñas: De las quemas a las calles

La aparición masiva de cartoneros en las calles de la ciudad no sólo se debe a las transformaciones en las manifestaciones de pobreza urbana, sino también a las políticas en torno a la recolección formal e informal de residuos, las transformaciones territoriales y las trayectorias de los cirujas. En esta sección me detendré en los modos de recolección configurados históricamente.

Hasta 1977, la gestión formal de residuos sólidos urbanos consistió en dos sistemas que funcionaron en paralelo. Por un lado, la cremación de basuras en hornos industriales (usinas) y domiciliarios. Por el otro, la disposición de residuos en vaciaderos a cielo abierto¹⁰. Es respecto a esta última modalidad que se fue configurando el cirujeo. Hasta los vaciaderos llegaba en carros la basura a ser depositada indiscriminadamente. El chofer arribaba al predio municipal y luego de

¹⁰ En relación a la periodización de los sistemas de recolección de residuos, si bien no todos los investigadores coinciden es posible establecer algunas etapas diferenciadas. Suárez (1998) construye cuatro períodos en la gestión de los residuos en la ciudad de Buenos Aires. Un primer momento abarcaría desde la fundación de la ciudad hasta 1870, en donde las directrices serían las de alejar los residuos de la ciudad o bien arrojarlos en sus espacios intersticiales, "huecos", zanjas o áreas anegadizas. Es un tratamiento básicamente estético con algún matiz que lo orienta hacia la higiene y salud pública. Un segundo período entre 1870 y 1920, en donde el modo que adquirió la gestión de residuos fue la de concentrarlos y quemarlos. Se buscaba, con esto, evitar la propagación de epidemias, limpiar y eliminar los residuos del centro de la ciudad y resguardar áreas residenciales. Entre 1920 y 1977, el modo fue la incineración. Se buscaba, de esta manera, la minimización y, en forma secundaria, la recuperación de materiales. La metodología utilizada consistía en la cremación en usinas incineradoras o en los edificios de departamentos. A su vez, destaca que proliferaron los vaciaderos como destino alternativo en la ciudad de Buenos Aires y como destino principal en el conurbano bonaerense. Por último, a partir de 1977, con una decidida intención de habilitar nuevas áreas de suelo para usos urbanos, de suprimir el cirujeo, de aplicar un manejo regional de los residuos, de eliminar el hollín y los gases emanados de la incineración, se impuso el último método, conocido como relleno sanitario. Paiva (2008) a partir de la forma de tratamiento y disposición final establece cuatro períodos en relación a su manejo: desde la fundación de la Ciudad de Buenos Aires hasta la instalación de la "Quema", en la cual los residuos son vertidos en los terrenos baldíos – "huecos" – o arrojados al agua; desde 1860 y hasta 1904 en que el tratamiento de los desechos se efectúa por "quema a cielo abierto"; desde 1904 hasta 1977 en donde se tratan por "incineración"; desde 1977 a la actualidad, en donde a partir de la Creación del Cinturón Ecológico del Área Metropolitana Sociedad del Estado, luego rebautizado como Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE) el tratamiento final de los residuos se realiza por "relleno sanitario". Schamber (2008), por su parte, establece un período entre 1860 y 1890 de pugna entre dos ideas diferentes: la quema y la incineración. En la primera se privilegiaba el reciclaje y las utilidades, mientras que en la segunda, la estética y la salud pública. Luego, a partir de 1910 y hasta 1977, el sistema que se utilizó fue el de la incineración domiciliaria y en usinas. El tercer período, comienza en 1977 con la creación del Cinturón Ecológico y que continúa hasta la actualidad que se basa en el enterramiento indiscriminado de la basura.

pasar por el control conducía el camión hasta “la fosa”, dónde debía descargar la basura. Una vez hecho esto, una máquina esparcía y nivelaba los residuos¹¹.

Era en los basurales donde se desarrollaba el cirujeo. Uno de ellos, el del Bajo Flores, se fue constituyendo en el más grande la ciudad, el que tuvo mayor duración y donde se concentró el cirujeo porteño (Perelman, 2008). La Quema, como fue conocido el vaciadero, además de haber estado ubicado en los márgenes de la ciudad, concentraba tanto la recolección informal diferencial de los materiales como el proceso de compra venta de los mismos. También era el lugar de morada de gran parte de los cirujas. Además, en sus alrededores se fueron apostando establecimientos dedicados a la compra y venta de lo recolectado y se formaron villas miserias cuya población, en su mayoría, estaba ligada al cirujeo. De esta forma, gran parte de la actividad se desarrollaba en los límites de la ciudad y podía pasar desapercibida por los pobladores de sus barrios céntricos.

En 1977 la dictadura militar clausuró los basurales e instaló el CEAMSE, desarticulando la configuración social de la quema (Perelman, 2008). El cierre fue parte de un proceso de transformación general de la ciudad de Buenos Aires en el cual se desarrolló una explícita política de erradicación de los sectores populares bajo la idea de que los habitantes de la ciudad debían de ser la elite de la República y, por lo tanto, no todos merecían vivir en ella (cf. Oszlak, 1991; Lacarrieu, 2005).

La creación del CEAMSE constituyó uno de los intentos de transformar completamente las conductas con respecto a los residuos. Además de eso, también se prohibió arrojar o mantener cualquier clase de basura, desperdicio o enseres domésticos en la vía pública, veredas, calles, terrenos baldíos o casas abandonadas. Se reglamentó el uso de recipientes destinados a contener los residuos domiciliarios para su posterior recolección. Se estableció que la recolección por parte de la Municipalidad sería diaria y puerta por puerta y que en los edificios – de viviendas o de uso comercial, industrial o institucional- sería total. Además, se prohibió tanto el cirujeo¹² (Ord. 33581 de 1977), como la descarga de basura a cielo

¹¹ Para un análisis de la más detallado tanto de los modos de recolección como de las relaciones que se generaban en la quema ver Perelman (2008) y Paiva y Perelman (en prensa).

¹² “Prohíbese la selección, remoción, recolección, adquisición, venta, transporte, almacenaje, o manipuleo de toda clase de residuos domiciliarios que se encuentren en la vía pública, para su retiro por parte del servicio de recolección; quedan comprendidos en la presente prohibición la entrega y/o comercialización de residuos alimenticios cualquiera sea su procedencia”, Artículo 6º de la Ordenanza municipal N° 33.581 de 1977)

abierto en toda la ciudad (Ord. N° 34.523 de 1978). Se dispuso que las bolsas de residuos domiciliarios deberían ser depositadas sobre las aceras, de domingos a viernes, a partir de la hora 20 (decreto N° 613 de 1982). Las empresas prestatarias del servicio, a la vez, recibirían pago por tonelada recolectada en vía pública. El sistema que se creó funcionaba de la siguiente forma. Los camiones recolectores pasaban diariamente (menos los sábados) a partir de las 21 hrs. por las calles de la ciudad, retirando de las veredas las bolsas de residuo. Luego, los camiones llevaban la carga a plantas compactadoras donde se pesaba su carga para ser más tarde compactada y llevada a los rellenos sanitarios en la provincia de Buenos Aires¹³.

La creación y puesta en funcionamiento del CEAMSE, el cambio en la forma de la recolección, la nueva legislación y la erradicación de las villas miserias significó una transformación en las formas de recolectar. Si hasta el momento la recolección se realizaba en territorios acotados (como la Quema), el cierre de los basurales hizo que los recolectores tengan que buscar los residuos en la calle y de noche, entre las 20 hrs. y las 22, momento en que el camión recolector pasaba alejando los residuos para siempre de las posibilidades de los cartoneros.

Entre el cierre de la Quema y la aparición masiva de cartoneros durante la década de 1980, la actividad estuvo relativamente circunscripta a zonas específicas de la ciudad (como terrenos a dónde la recolección formal no llegaba) y a los basurales del conurbano bonaerense. Por su parte, en las calles de la ciudad se realizó básicamente con carros tirados a caballo (lo que se conoce como carreros) en los barrios menos céntricos de la metrópoli. También existieron modalidades de cirujeo con carro en mano, como se generalizó durante los noventa. La escasa visibilidad de los cirujas se vería pronto modificada, creciendo de manera exponencial y llamando la atención, por primera vez, tanto de la escena pública como de los investigadores¹⁴.

¹³ Como se puede ver, la política de pago por tonelada está en contradicción con la recolección informal de residuos ya que los cirujas al tomar de la basura elementos previo a su peso, estaban quitando la posibilidad de una renta más abultada a las empresas recolectoras. Esto no fue un problema hasta principio de la década de 2000, cuando se conjugó una merma en la producción de basura (por un retroceso en el consumo) y la aparición masiva de cirujas.

¹⁴ Existen diferentes estimaciones muy disímiles sobre la cantidad de cartoneros que recolectan en la Ciudad de Buenos Aires es un misterio. Aun así, resulta innegable el incremento que ha tenido la actividad en los últimos años. Algunos estudios señalan que en 1998 cuarenta mil personas cirujeaban, alcanzando las cien mil personas viviendo de esta actividad en 2001 (Suárez, 2001a). En contraste a estos datos, una publicación oficial del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Secretaría de Medio Ambiente: 2001) establecía la cifra en ocho mil personas. Desde la Encuesta Permanente de Hogares, en mayo de 2002, se contabilizaron 10800 cartoneros y vendedores

He distinguido dos grupos entre los cartoneros que se vio cirujeando en las últimas dos décadas. Por un lado, las personas que han realizado la actividad desde los tiempos de las quemadas y, por el otro, a los que luego de perder el empleo y mucho más recientemente recurrieron al cirujeo como forma de ganarse la vida. Los primeros, son los que he caracterizado como cirujas estructurales (Cf. Suárez, 2001b; Perelman, 2007). Para ellos, haber crecido realizando la tarea, viviendo de los residuos, fue configurando la actividad como algo *normal, natural*, en el sentido que la reconocen como algo dado, asumido y establecido. Para los segundos, en cambio, este proceso significó una ruptura y tuvieron que buscar en las calles de la ciudad la basura. Dentro de ella, lo hicieron en función de la posibilidad de acceso a ciertos barrios y a los que por su densidad y capacidad de consumo amalgamaban gran cantidad de residuos en una relativa poca distancia¹⁵. Así, con los nuevos cirujas nacían otros testimonios relativos a la actividad –acompañados de otros comportamientos- y ante la situación de ser ciruja. Estos testimonios son diferentes a los de los estructurales, en principio, porque en el inicio de la actividad los nuevos no contemplaban la actividad como dada.

En los relatos de los de más reciente inserción en el cirujeo, escuché la dificultad de comenzar a realizar la actividad. La vergüenza de ser vistos por conocidos y desconocidos, el estigma sentido por ser ciruja, funcionó como un mecanismo inhibitorio para la realización de la tarea.

ambulantes en la ciudad de Buenos Aires y 62000 para el Conurbano. Aquí no se puede diferenciar a los cartoneros del resto de los vendedores ambulantes no calificados encuestados, los cuales se distribuyeron en más de 20 categorías. En 2003, la Secretaría de Medio Ambiente de la Ciudad de Buenos Aires a partir de los relevamientos (voluntarios) estableció la cantidad en 9000 para la ciudad. Finalmente, en un informe de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y la UNICEF (2005) se estimó que en el año 2005, 8.762 personas trabajan en la recuperación de residuos en la ciudad de Buenos Aires, de las cuales más de la mitad eran residentes del conurbano bonaerense. Más allá de las estimaciones es más notable todavía de este crecimiento que es recién en 2003 cuando la actividad comienza a ser relevada sin que haya habido antes de la fecha contabilización de personas realizando la actividad desde 1899.

¹⁵ No es el objetivo de este artículo dar cuenta de la manera en que se accede a la ciudad. Basta aclarar que condicionan los posibles espacios de recolección. Los trenes fueron vehículos muy importantes para los que se trasladaban desde sus barrios de origen en el conurbano bonaerense y querían cartonear en la ciudad. Para un análisis ver Paiva (2008). Por su parte, el acceso a otros barrios se produce a partir de la generación de redes de acceso (como el uso de camiones transportadores) o caminando desde las estaciones de trenes o desde sus hogares ya sea en el conurbano bonaerense o en la ciudad de Buenos Aires.

4. *La construcción social de la vergüenza*

4.1. Dos postales

Mientras Norma se encargaba de los asuntos domésticos, Damián trabajaba en una empresa de servicios, como chofer de transporte público de pasajeros por nueve años “en líneas importantes... de nombre”. Luego, estuvo empleado en una serie de líneas locales y más tarde, terminó en una línea intercomunal hasta que, en 1999, esta quebró. Entonces, Damián comenzó a hacer “changas” (en construcción, fletes, reparación) hasta que estas opciones fueron también desapareciendo. La pareja no pudo seguir manteniendo su casa, así que se fueron a vivir a un asentamiento ubicado en el conurbano bonaerense.

Sin ingresos y con una familia que mantener (tienen tres hijas), Norma junto con su vecina empezaron a pedir comida en los restaurantes, panaderías y almacenes de la zona, primero, y de la Ciudad de Buenos Aires, más tarde. De allí fueron pasando paulatinamente al cirujeo: recibían no sólo comida sino también ropa usada, cartones y otros materiales desechados que luego podían vender o arreglar para uso personal.

Damián tardó unos meses en tomar la decisión de comenzar: le daba vergüenza que sus vecinos lo vieran, le daba vergüenza que él, el sustento de la familia, necesitara estar hurgando en las bolsas para buscar alimentos, remedios, materiales para vender. Pero más le daba vergüenza que ahora el ingreso familiar proviniese de su esposa.

La ciudad de Buenos Aires, esa gran ciudad, parecía darles el anonimato necesario: Norma me contaba que “a mí, en la capital nadie me conocía, porque a Damián le daba vergüenza, así que lo convencí”.

Felipe recuerda con nostalgia los tiempos en que trabajaba en el restaurante. Cuando a fines de 1999 se quedó sin el trabajo de ayudante de cocina, se dedicó a hacer changas que le pagaban “sin problema”. En 2002, las changas se acabaron. Entonces un vecino del barrio comenzó a invitarlo a cirujear, le decía “total si estás en tu casa no vas a hacer nada”. Le costó tomar la decisión, ya que siempre había visto con malos ojos a los que realizaban la actividad, pensaba que debían buscar un trabajo, dedicarse a laburar y “no a la vagancia”. No quería salir con un carro y

que lo vieran. Sin embargo, las posibilidades no llegaban, así que aceptó la invitación. Comenzó a salir junto a su amigo. Recuerda que, cuando salía de la casa, miraba a los costados, buscando no ser visto por los vecinos, apuraba el paso hasta llegar a la estación y tomarse el tren cartonero. Entonces se tranquilizaba un poco. Durante los primeros meses, lamentó su suerte, caminaba tratando de no llamar la atención de la gente que se cruzaba. Con el tiempo, comprendió que ser ciruja no puede ser ocultado.

4.2. Vergüenza y estigma

Se ha señalado que el conocimiento y el saber propio del recolector estructural que obtuvo en el seno de su grupo familiar sería una herramienta clave para ingresar a la actividad (Saraví, 1994). Sin embargo, las entrevistas con los nuevos recolectores muestran que ellos no perciben a este requisito como indispensable. Muchos plantean que lo único necesario para comenzar a cirujear es un carro. Sin embargo, esta percepción está acompañada de la existencia de otros obstáculos, barreras sociales y simbólicas que hacen que el salir a la calle (a diferencia de lo que ocurre con los cirujas estructurales) sea un paso difícil de dar. Y, una vez dado, genera una serie de sentimientos que dan cuenta del quiebre en sus vidas. A diferencia de los cirujas estructurales, los de más reciente inserción recurrieron al cirujeo ante la pérdida del empleo o de la imposibilidad de seguir realizando la actividad que hasta entonces hacían, percibiendo su nueva actividad como una ruptura en su trayectoria laboral. En estas personas, los imaginarios de haber sido trabajadores formales siguen siendo el marco de referencia con el que se acercan a la realización de la tarea, y a partir de este, juzgan qué actividad es digna de ser realizada.

Es a partir de aquí que puede entenderse la relación entre ser ciruja y vergüenza no como una reacción natural que se expresa al trabajar con los deshechos sino como parte de un proyecto de vida quebrado de quienes aspiraron a ser trabajadores formales. Por el contrario, las conversaciones con los cirujas estructurales, en especial con los que alguna vez trabajaron en la Quema, no suele aparecer la idea de vergüenza ligada a la actividad. Incluso más: se muestran orgullosos de realizar la recolección (Perelman, 2009).

A diferencia de varios trabajos que han marcado casi linealmente una relación entre estigma, vergüenza y cirujeo considero que la vergüenza, siguiendo a Gaulejac (1996), aparece cuando el sujeto enfrenta una confusión extrema entre aquello que es para la mirada de los otros y aquello que es para sí mismo. La vergüenza aparece cuando lo que se recibe es una imagen de sí estigmatizada, fijada, petrificada en la mirada de los otros, humillante e invalidante y donde la posibilidad de romper y actuar sobre ella no tiene lugar. Dice La Taille (2002) que la vergüenza se relaciona con la moral y que puede explicar parte de la conducta de las personas. En este caso, la vergüenza surge cuando, al dejar de ser trabajadores formales o de no hacer más una tarea remunerativa que consideran digna, el proceso identitario es perturbado. Los sentimientos (como la vergüenza) están socialmente construidos y expresan valores personales (Lutz, 1986) que, en tanto experiencias emocionales singulares, sentidas y vividas por un actor social específico son productos relacionales entre los individuos y la cultura y la sociedad (Koury, 2005). Es por esto último que es peligroso pensar los sentidos y las emociones en abstracto ya que no sólo responden a la interacción y a los contactos mixtos (Goffman, 2006), sino también a las trayectorias de los que se encuentran.

Para los que fueron trabajadores formales o tienen un largo derrotero de actividades que pendulan entre lo formal y lo informal, el no tener trabajo en la actualidad y, más aún, el ser ciruja aparece como un estigma vergonzante. Con estigma, se hace referencia a un a un atributo profundamente desacreditador (Goffman, 2006). Es una clase especial de relación entre atributo y estereotipo: existen algunos atributos (como ser ciruja) que se estigmatizan confirmando la normalidad del que no lo tiene (ser trabajador que se expresa socialmente y para los propios nuevos cirujas como lo normal). Para los cirujas, este “atributo” es imposible de ser invisibilizado: una vez en la calle no pueden esconder, como quisieran, quiénes son¹⁶.

A partir del trabajo de campo pude notar que la vergüenza se expresa en dos ámbitos de relaciones y significaciones diferentes. En el familiar y en el espacio cercano, por un lado, y en la calle, por el otro.

¹⁶ Debo aclarar, nuevamente, que no todos lo viven como estigma. Que la actividad este estigmatizada, no implica que los sujetos se sientan estigmatizados, que exista una homogénea “recepción” de esa visión estigmatizante.

En relación al primero de ellos, la vergüenza se expresa a su vez de dos maneras: tanto en función de la capacidad de provisión perdida como en la mirada estigmatizante del conocido en el barrio donde viven.

Estos dos espacios de la vergüenza se condensan en una de las frases más comunes que se puede escuchar: “es cuestión de empezar”, frase que quizás resume toda la concepción que en un principio tienen los que ingresan a la actividad. Es el “dar el paso” lo que cuesta, porque la actividad implica para ellos un quiebre en las trayectorias sociales y laborales. Y uno de los mayores obstáculos para dar “el paso” es la vergüenza y la exposición. Es cierto que el cirujeo se enmarca en los límites de lo moralmente aceptable, a diferencia de otras opciones que surgen como posibles (como pueden ser el robo o la mendicidad). Sin embargo, la concreción de esta se produce de manera conflictiva.

Generalmente, no sólo el cirujeo no aparece como la primera elección sino que, aún sin tener “para comer” cuesta tomar la decisión. Una vez, un chico me relató la manera en que él y su padre comenzaron a cirujear. Este último, había venido a Buenos Aires desde la provincia de Misiones junto a su padre cuando tenía 14 años, en la década de 1970, impulsado por su hermano mayor que les había prometido trabajo. Así fue, comenzó ese mismo año a trabajar en un astillero. Más tarde, ingresó al ejército y luego trabajó en seguridad privada. Una vez perdido el empleo, en 1999, comenzó a trabajar en la construcción, de manera muy espaciada. Sin poder realizar ninguna actividad que le permitiese sobrevivir, y en tiempos en el que, no sólo su padre, sino todo su entorno familiar se quedó sin empleo, fue pasando al cirujeo. El relato del chico me ha quedado en la memoria. Estas fueron sus palabras

Estuvimos 9 días casi sin comer, no tenía fuerzas. Ahí donde vivíamos había un auto abandonado, era todo chatarra. Fuimos a buscar a algo para sacar. Cuando estábamos pasando por una zanja, mi papa se cayó, no tenía fuerza. Le pedía que se levante. Llegamos al auto y sacamos unas cosas. Ese día comimos arroz hervido, no me olvido. En esos días veíamos filas de gente con carros pero no sabíamos a dónde iban. ‘Hay que seguirlos’ me dijo. Vimos que se subían al tren, pero mi viejo no se animó a venir a la ciudad. Unos días después, cuando empezamos a venir [a la ciudad de Buenos Aires], yo entraba a pedir facturas, pan, algo de comida. A mi viejo no le gustaba eso, se quedaba en un costado, medio escondido (Entrevista a Marcos, cartonero de 14 años, realizada en febrero de 2007.).

Más allá de la veracidad del relato en cuanto al tiempo en que se habían quedado sin comer, me interesa resaltar hasta qué punto Marcos fue construyendo la idea de la dificultad de su padre para tomar la decisión de cirujear.

En muchos de los casos son las mujeres las primeras en salir, como fue el caso de Norma con el que inicié este apartado. Ante esta situación, los hombres ven trastocadas las actividades. Ven a sus mujeres ocupando “las actividades construidas socialmente como masculinas”, lo cual pone en tensión la construcción de una masculinidad dominante. Esto no quiere decir que exista un solo modelo de masculinidad, pero sí que alguno(s) se transforman en hegemónicos¹⁷. Al mismo tiempo, la masculinidad está construida por la idea de feminidad. Entonces, las tareas deben entenderse de manera relacional. Que el hombre se quede en el ámbito de lo doméstico y la mujer salga a la calle, pone en juego el imaginario de los roles sociales de manera tajante. Como he resaltado, el trabajo y algunos espacios (entre ellos la calle) se han configurado como masculinos, lo cual ha generado una construcción de órdenes morales estableciendo fronteras. Ser trabajador fue construido, principalmente, como un espacio de los hombres y de realización masculina. Pero, ante las nuevas situaciones en las que ellos van dejando de ser los proveedores de la seguridad material familiar y en las cuales son las mujeres las que, sin abandonar las tareas domésticas (preparar la comida, lavar la ropa, limpiar la casa), comienzan a traer el sustento a casa, se genera en los hombres una vergüenza personal que los “obliga” a buscar alternativas a la situación. El cirujeo se transforma, entonces, en una alternativa que cuenta con ciertos costos. El salir a la calle, coloca nuevamente a los hombres dentro de aquel mundo de hombres, pero realizando una actividad que hasta no mucho tiempo atrás desdeñaban. Así, si bien los reposiciona como proveedores del ingreso familiar, lo hace de manera conflictiva. Felipe, por ejemplo, buscaba no ser visto por los vecinos del barrio, apurando su paso en el transitar de las calles aledañas a su hogar. Damián, por su parte, intentaba cirujear en zonas alejadas de las posibles miradas de los conocidos.

¹⁷ Al respecto Carrigan, Connell and Lee (1985) dicen que si bien existen muchas formas de ser un hombre, algunas de ellas son valoradas más que otras y los hombres experimentan presión social para conformarse bajo estas ideas. Es a esto lo que llaman masculinidad hegemónica. Archetti (2003) plantea la existencia de una pluralidad de masculinidades hegemónicas lo que permitiría analizar diferentes ámbitos de sociabilización. Entonces, podemos pensar que existen diferentes modelos masculinos según la edad, la clase, etc.

Esto me lleva a la segunda de las dimensiones donde se expresa la vergüenza: en las calles de la ciudad. Lo que me interesa resaltar es que, a diferencia del relato de Norma y Damián, la ciudad no se configura ni podría hacerlo como el lugar del anonimato buscado sino, a la inversa, como el lugar de la relación cara a cara en un territorio construido bajo discursos excluyentes. La vergüenza, en este sentido, no sólo se expresa en función de las trayectorias de las personas sino también desde el contexto en el que la actividad se desarrolla: en la ciudad bajo la mirada del otro.

Una situación relatada por Osvaldo puede servir a modo de ilustración. Cuando me contaba su relación con la policía (que lo perseguía por estar recolectando), me dio su explicación:

Yo me quise capacitar, fui e hice el secundario, y si pudiese ahora haría otro, otro estudio, de cualquier tipo. Capacitarme en cualquier cosa, pero quiero dejar de estar –digamos- en la categoría de negro, entre comillas. Es así, se te tilda así, más siendo provinciano como es uno. A veces pasa eso, a mí me puso muy contento -por ejemplo- el hecho de que una amiga mía de la misma edad haya terminado los estudios y se recibió de licenciada, y ella me hacía notar la diferencia que había, antes si ella golpeaba la puerta nadie le daba bolilla, ahora como tiene el título de licenciada, licenciada de acá, licenciada de allá. Entonces, sí, si para dejar de ser aquel negrito podés tener estudio, y bue, bienvenido sea. A pasar que acá dicen que no se hace discriminación ¿no? pero si yo ahora, bajado en el nivel que estoy ahora, puedo comprobar de que sí, hay discriminación; hay, y bue, qué va a hacer (Entrevista realizada en Agosto de 2003 a Osvaldo, cirujero de 51 años).

Osvaldo hace referencia a ser “negro”, “provinciano”, pobre, no tener estudios. Estas son categorías sobre las que la discriminación se hace en Buenos Aires: es la condensación de un “otro” que no tiene lugar en la ciudad¹⁸. Cuando me referí a las transformaciones que llevó a cabo la última dictadura militar, mencioné la concepción que de aquella tenía el gobierno de facto, por la cual el merecimiento de vivir en ella se basaba, básicamente, en la capacidad económica, que los ideólogos de aquella visión ligaban a componentes culturales. En la década de 1990, ese merecimiento aparece resignificado. Una de las formas que adquiere la negación (el merecimiento) de la ciudad, es a partir del “derecho a la belleza”, de la estetización generada a partir de una nueva dicotomía naturaleza/ cultura bajo una nueva “estrategia de ilusión”. Esta nueva noción ha llevado a la disputa, a la apropiación y

¹⁸ En relación a la construcción del pobre y provinciano como “otro” ver Álvarez Leguizamón (2008), en relación a la construcción de la idea de cabecita negra, pobre y provinciano ver Guber (2002), Ratier (1972).

a la gestión de la ciudad a nuevas reglas (Lacarrieu, 2005) pero siempre sobre la idea del pensamiento único (Fiori Arantes, 2000). Según Lacarrue (2005: 378) las operaciones urbanísticas que se realizan desde los años noventa, tanto públicas como privadas, han configurado una nueva “política de lugares” que si bien aparece como actuando en espacios específicos y generando transformaciones “microlocales” no pueden comprenderse sino como un proyecto urbano mucho más amplio que apela al reforzamiento de una identidad cultural urbana, estrechamente asimilable al “merecer la ciudad” y al patrón civilizatorio que dominó el pensamiento urbano sobre la ciudad de Buenos Aires. Todo este proceso ha influido en la nueva intervención estético-escenográfica de la ciudad (Amándola, 2000) recreando los sentidos e iluminando ciertos lugares y oscureciendo otros.

La presencia de cartoneros puede ser vista como una manifiesta impugnación a la “política de lugares” y a la estetización de la diferencia. Como se puede apreciar en el relato de Osvaldo, existe una fuerte estigmatización, vergonzante, desmerecedora, construida por ser “negrito, pobre y provinciano”. Son las diferencias no admitidas en la ciudad actual que se expresan en los cartoneros de manera paradigmática. Sin embargo, y pese a estos discursos, los cartoneros en sus recorridos por las calles no distinguen entre estos lugares brillantes y oscuros. En ese mismo desconocimiento de la “política de lugares” cuestionan la ciudad bella, generando corredores de pobreza, continuos urbanos que interpelan divisiones y lugares gentrificados¹⁹. Es más, una de las características de la práctica del cirujeo es que se desarrolla en los barrios y zonas más comerciales de la ciudad, ya que depende de los desechos de la economía formal y de la necesidad de esta en requerirlos. El espacio público, las calles de la ciudad, se conforman como el lugar donde los distintos sectores sociales se cruzan, se chocan, se diferencian, se solidarizan y se contrastan. Se configuran como un lugar con historia, con relaciones sociales que lo hace un lugar de contacto y conflicto. Que las interacciones se den en las calles de Buenos Aires adquiere importancia: se encuentran mundos experiencialmente diferentes.

¹⁹ Existe una tolerancia diferente a la pobreza en diferentes barrios de la ciudad. Ejemplos de ello lo encontramos en los enfrentamientos que han generado la instalación de un comedor comunitario en Puerto Madero, la instalación de una *asentamiento cartonero* en una plazoleta de Barrancas de Belgrano, o los constantes intentos de erradicación del asentamiento Rodrigo Bueno (sobre este último punto ver Crovara y Girola, 2008)

En una ciudad donde la diferencia, especialmente, la diferencia no admitida, tiende a ser borrada, la visibilidad de los cartoneros, una de sus características principales, genera un fuerte conflicto, cuestionando la noción de ciudad rica y homogénea. En Buenos Aires dónde el merecer vivir y usar la ciudad aparece con fuerza, la diferencia es tolerada si se encuadra en ciertos marcos de tolerancia en dónde la pobreza no cuaja. Así, estas diferencias se transforman en desigualdades, lo que provoca un intento de las personas de *esconder* las diferencias²⁰.

De esta manera, los cartoneros al ingresar a la ciudad, se encuentran en un (gran) contexto incorrecto para los cánones de los habitantes porteños: los barrios ricos de la ciudad, rompiendo e invadiendo, como planteé, espacios que hasta hace poco no les eran suyos. Están utilizando un espacio que no les *corresponde*, sino que pertenece a los vecinos que anónimamente pueden transitar por él sin ser individualizados, sin ser reconocidos pero sí “conocidos”. En las calles, dice Goffman (1979), los sujetos se están dando pruebas de confianza mutua. Se produce una cortés desatención, una indiferencia amable al decir de Delgado Ruiz (1999)²¹. Los cartoneros, sin embargo, no logran ese derecho al anonimato, a la indiferencia. Más bien todo lo contrario, se encuentran en las calles con un uniforme de pobreza que los hace tan reconocibles como a policías o bomberos²². Ese uniforme trae consigo todo un estigma que publica la pobreza y, en varios casos, la vergüenza. Pedro, relata sus sensaciones “no es fácil caminar por la calle ¿sabés lo que siento? Un cuchillo en mi espalda, todo el tiempo. La gente te mira con desprecio, se corre, te esquiva, cruza la calle y cuando le querés hablar se apura. Me siento un criminal y estoy laburando. Me gano el pan haciendo algo digno, llevo la comida a mi familia”²³. Ahora bien, Felipe, va más allá, dando cuenta de su percepción con respecto a las actitudes de los porteños a partir de una serie de encuentros. Ante mi pregunta si pensaba que estaba mal visto ser cartonero, me contestó:

En el caso particular mío, desde mi punto de vista, ahora lo miro como que es algo aceptable, desde el punto de vista de mucha gente creo que no, que no los aceptan, que no nos aceptan

²⁰ Un argumento similar utiliza Delgado Ruiz (1999a) en su análisis sobre los inmigrantes en Europa. Es en este marco en dónde el anonimato es un derecho al que acceden los “normales”.

²¹ Sostiene Delgado Ruiz (1999b) que el hombre invisible deviene metáfora perfecta del hombre público.

²² Por su parte, como plantea Velho (1994), es posible distinguir tipos sociales no sólo por su “traje” u otro tipo de vestimenta sino también por la forma de usarla.

²³ Entrevista realizada en julio de 2004 a Pedro, ciruja de 45 años.

mejor dicho porque yo en una oportunidad fui a hacerle una pregunta a uno que estaba bajando cosas del auto y prácticamente me cerró la puerta en la cara. Entró, porque era un edificio con seguridad, entró y cerró el portón, me contestó así muy de mal manera, de muy pocas ganas [...] pensará que yo iba a robarle (Entrevista realizada Junio de 2003 a Felipe, ciruja de 52 años).

En los relatos de los cartoneros, más que “la cortés desatención” lo que surge es el reconocimiento como otro peligroso. La justificación que Felipe encuentra no es que el otro lo ignora, sino que lo reconoce y lo hace como un “ladrón”.

5. La construcción social de la confianza

Sin embargo, el cirujeo en la calle no sólo no puede ser escondido, sino que requiere ser mostrado, las personas necesitan presentarse (Goffman, 1959) en tanto cartoneros para poder ser reconocidos por los vecinos como personas receptoras de basura y de otras “sobras” como ropa en desuso, equipos averiados, comida, etc. Para revertir esta visión estigmatizada se requiere un activo trabajo de los cirujas (y de los vecinos).

Si hasta aquí di cuenta de los procesos sociales amplios de transformación social para analizar la manera en que se significa la actividad en el momento de la recolección de la basura en la calle es porque considero que los contactos entre los recolectores y los “vecinos” y productores de basura no pueden entenderse más que a partir de las trayectorias de los que “se encuentran” y en el marco en el que lo hacen.

Varias veces se ha destacado la necesidad que tienen los cirujas de generar relaciones estables con personas para asegurarse la mercadería (Cf. Suárez, 2001b; Perelman, 2004; Schamber, 2008). Para ello, crean recorridos fijos lo que les permite entrar en este círculo de confianza que depende del “estar allí”. Esta necesidad de intentar conseguir cierta seguridad material no puede llevarse a cabo sino a partir de revertir ese no anonimato estigmatizado. En este sentido, la confección de recorridos fijos se transforma en un recurso material y simbólico para cartoneros. Ese transitar que genera un rechazo en parte de la población posibilita formas de afinidad con algunos sujetos. En este marco, los cartoneros viven en un constante juego de equilibrio entre el rechazo, la vergüenza y la utilización de la pobreza como forma de acceder a ropa, alimentos, materiales en desuso.

La imposibilidad de esconder la diferencia es transformada en confianza. Es necesario recordar, siguiendo a Lomnitz (2004), que la confianza es un concepto cultural que debe ser etnográficamente descrito. Las relaciones personales, entre clientes y vecinos, permiten ejemplificar la construcción de un capital de confianza que si bien depende del “estar allí”, también se debe a los comportamientos desplegados. A partir de las relaciones que van generando y que marcan la diferencial recepción que existe de los cirujas por parte de los pobladores de la ciudad, los cirujas diferencian a *vecinos* de *clientes*²⁴. Mientras que con la primera categoría refieren a todos los sujetos que se encuentran en la zona de recolección, la segunda es reservada para hacerlo a ciertas personas: los vecinos que les guardan “mercadería”. Por lo general son porteros de departamentos, aunque pueden ser casas de familia, así como un espectro muy variado de comercios. Es necesario aclarar que para la mayoría de los cirujas la importancia de crear redes personales resulta un hecho casi natural. Cuando preguntaba sobre ello recibía respuestas como: “¿quién no tiene clientes?” u “obvio, todos tienen clientes”.

Entre las dos partes ciruja/ cliente existe un pacto tácito por el cual el segundo le guarda la basura al primero. Nada asegura la permanencia de un cliente excepto el estar ahí regularmente y generar relaciones personales que sean valoradas por ambas partes. De esta manera, los cartoneros van confeccionando recorridos estables en función de los clientes que van adquiriendo. A la vez, para obtener clientes es necesario ser conocido y reconocido; y una de las formas de hacerlo es pasar regularmente. De esta forma, el recorrido se transforma en uno de los capitales más importantes del ciruja.

Para dar cuenta de la forma en que se construye la confianza tomaré el relato de Julio a modo ilustrativo.

Julio tenía 69 años cuando lo entrevisté. Trabajó en la recolección formal en el conurbano bonaerense por 18 años y luego se dedicó al cirujeo por la zona. Cuando le pregunté por la forma en la que hacía el trabajo en ese momento, sacó una hoja y dibujó algo. Luego me mostró un esquema de cuadrícula en el que había 7 columnas y 10 filas. Luego explicó:

²⁴ Es cierto que no todos los vecinos ven con buenos ojos a los cartoneros que recorren las calles. Muchos los culpan de los “robos” en la zona, de ensuciar y de “afear” el barrio”. De la misma forma, los propios cirujas culpan a algunos colegas de no comportarse como “se debe” en la calle, esto eso, de manera cordial “respetando el espacio donde se recolecta”.

Julio: Son veinte vecinos por cuadra que te conocen, de las cruzadas, y de las largas te conocen, cada cuadra veinte vecinos. Te conoce toda la gente. Y nunca cambies de cuadra, nunca cambies de cuadra, siempre, 'hola, o que tal Doña Maria, que tal...

MP: ¿Y por qué es importante que lo conozcan?

Julio: Sepan que andás correctamente, que no sos chorro, que no sos borracho, que no sos drogadicto, que no sos violador, todas esas condiciones tenés que tener sino no podés caminar la calle. Entonces, llega un momento que la gente, sabe que vos sos un tipo que salís a rebuscarte el mango [ganarte el dinero]y que no robás. Entonces, la gente se pone a juntarte botellas, vidrio, diario, revistas, trapo, lana, colchón, y llega el momento que las 70 cuabras no las podés hacer, porque no las podés hacer. Yo he tenido casos de mujeres, señores que me han guardado hasta doscientas botellas, y después me han venido a decirme '¿qué le pasa que no viene a buscar las botellas?'. Ante la corrección que tenés que andar en la calle, tenés que andar limpio, afeitado, no digo ropa de lujo, pero tenés que andar limpio, afeitado, no tomar un trago de alcohol, y sobre todo, respetar a las mujeres, porque hay diez brujas en esta cuadra y diez en la otra, son veinte, y pasa una chica hermosa y vos, lo más que tenés que hacer es saludarla porque hay 9 o 10 viejas que le preguntan '¿qué te dijo?'. [Entonces se ríe, y continúa] chusmas pero en el buen sentido. Y si te zarpaste [excediste], sos una porquería y no un cartonero.

MP: Y vas muerto [no tenés más opción].

Julio: Y vas muerto; por esas cuabras por más que circules y cierran la cortina y "ahí pasa ese baboso, lo que sea".

MP: Usan la palabra cliente ¿por qué se usa la palabra cliente? Al vecino que le da lo que guarda, le dicen cliente.
[...]

Julio: Bueno, cliente, en el sentido como de que está seguro, ese es mi cliente, ese es tu cliente [...]te levantás a la mañana y decís, "ah, a ver quién me llamó" y te llevás una... otra cosa que tiene que hacer el cartonero para no tener problema en la calle.

Como puede verse en el caso descrito, la confianza se manifiesta según Julio en la posibilidad de recibir materiales regularmente por ciertos vecinos que lo conocen y que lo *reconocen* como sujeto que puede circular por esa zona. Si entre iguales (vecinos) existe una cortés desatención, con los *otros* –con los que están *a priori* fuera de lugar- aparece de una mirada inquisidora. Sin embargo, la confección de recorridos y el "estar allí" van generando una relación más parecida a la cortés atención: ante la imposibilidad pasar desapercibidos intentan que los vecinos los traten con cordialidad, haciendo de ese lugar inapropiado, un espacio más familiar. Claro está que la confianza se basa en actos recíprocos. Para los vecinos, la confianza está marcada por hacer cotidiana una presencia que no debería estar allí. Si ante la otredad, la pobreza, aparece el miedo a ser robado, violado, la presencia constante y la personalización de la relación genera seguridad sobre "que nada les va a pasar", que

“son buena gente”²⁵. Pero también la confianza aparece en gestos cotidianos en la calle. El mantenimiento de las relaciones estables requiere de comportamientos específicos, lo que genera la confianza necesaria para poder circular por algunas zonas iluminadas: “no emborracharse”, “no estar drogado”, como dice Julio, no comportarse de manera que pueda ser percibida como una forma no aceptada en el contexto donde se recolecta²⁶. Así, las relaciones que se entablan entre cirujas y vecinos, devenidos en clientes, se sostienen no sólo a partir de una necesidad de conseguir materiales sino que también están asentadas en fundamentos morales.

Los cirujas retribuyen la buena predisposición de ciertos vecinos con el buen comportamiento en la calle: dejando limpio todo, no ocupando con los carros espacios que pueden llegar a molestar y tratando cordialmente a las personas. Estos comportamientos son sumamente valorados por los vecinos de clase media. Otra de las formas en que se mantienen las lealtades y los buenos comportamientos es la generación de expectativas de ascenso social dentro de la cadena productiva. Los cirujas ven a los *vecinos* como personas que los pueden sacar del cirujeo dándoles trabajo en otras tareas. Para ello, dicen, hay que “mostrar lo que uno es, que uno es bueno, trabajador, un hombre decente”²⁷. Varios cirujas me contaron que personas cercanas a ellos consiguieron trabajo por esta vía: a partir del buen comportamiento, de entablar conversaciones con los vecinos, llegar a conocerse, contarles su historia (mostrando sus antecedentes en oficios u empleos) y lograr así un empleo. Más allá de si esta es una posibilidad real o no, me interesa recuperar la centralidad que adquiere en los imaginarios de los nuevos cirujas este tipo de historias que funciona como mecanismo para generar y mantener un “buen comportamiento”. Ante los discursos que los demonizan la generación de clientes parece tranquilizar a muchos: “*tener clientes demuestra que no somos tan malos*” dice Jorge, que recolecta en la zona de Chacarita y Belgrano.

²⁵ Entrevistas realizadas en Marzo de 2004 a Jaime, “vecino del barrio de Belgrano” de 48 años y a Victoria (52 años) del barrio de Palermo en Agosto de 2004, respectivamente.

²⁶ El haber transitado por los barrios donde viven los cartoneros y por los que recolectan me permitió constatar las formas diferenciales de comportamiento que tienen los cartoneros. Mientras la discreción parece ser el objetivo a cumplir por los barrios en los que se recolecta, el alarde suele estar presente en los barrios donde viven.

²⁷ Entrevista a Valentín, ciruja de 47 años, realizada en marzo de 2004.

De esta manera, los comportamientos son vividos como obligaciones investidas de moralidad, con lo cual tanto cirujas como vecinos esperan ciertos comportamientos y condenan otros.

Son relaciones que se sostienen prácticamente, que se basan en diferentes tipos de vínculos que pueden ser activados si es necesario. A su vez, el mantenimiento de estos se da continuamente y tiene un fuerte componente personal. En el caso de las relaciones entre cirujas y clientes, ocurre algo similar a lo que plantea Balbi (1995) entre pescadores e intermediarios en una cooperativa en Entre Ríos (Argentina): “no se trata de mantener un conjunto de relaciones que sean utilizadas simultáneamente sino de disponer siempre de más relaciones que las necesarias en cualquier momento dado: a fin de cuentas, no sólo la demanda es variable sino que las relaciones, al no involucrar compromisos formales ineludibles, son siempre potencialmente inestables” (Balbi, 1995: 159).

Más allá de que la relación entre clientes y cartoneros no involucre compromisos formales, sí cuenta con compromisos morales entre grupos que, como dije, hacen uso diferencial del espacio urbano, pugnando entre diferentes proyectos que se ponen en contacto y entran en contradicción. Así, a diferencia de los que ven en los cirujas el rasgo último de la (nueva) marginalidad (Cf. Salvia y Chávez Molina, 2007) y de la descalificación social extrema, pienso que un análisis más detallado y etnográfico permite dar cuenta de las relaciones, de las agencias de las personas. En relación a ello, es posible decir que tanto los cirujas como los clientes pueden ser vistos como “como mediadores culturales” que sociológicamente serían el opuesto al hombre marginal (Velho, 1994). Siguiendo a Velho (1994) la de los mediadores culturales se “trata del papel desempeñado por individuos que son intérpretes y transitan entre diferentes segmentos y dominios sociales” (1994: 81, traducción propia). Estos *brokers*, mediadores, se tornan especialistas en la interacción entre diferentes estilos de vida y visiones del mundo. No son sólo traductores, interpretan, tienen la tarea cotidiana de establecer puentes entre universos culturales diversos. Y la centralidad de estos contactos se debe a que “desenvuelven la capacidad de lidiar con dos o más códigos [...] En una sociedad compleja y heterogénea, papeles como estos, no siempre explícitos y conscientes, hacen parte de la propia lógica del proceso interactivo” (Velho, 1994: 82, traducción propia).

De esta manera, se produce una tensión entre esconder la diferencia y dar cuenta de ella para acceder a una cantidad de recursos a partir de los circuitos de confianza, anclados en lo territorial, que logran entablarse con personas que pertenecen a otros grupos sociales como manera de configurarse en una sociedad excluyente, de conformarse de manera compleja en el marco de relaciones sociales (estructurales- estructurantes) que se activan situacionalmente. En definitiva, es una estrategia que intenta conservar un status identitario.

Reflexiones finales, Indigna dignidad

Bauman (1999) plantea que, producto de un constructo histórico, hoy en día domina una cultura o ética del trabajo que se basa en dos premisas explícitas y dos presunciones tácitas: la primera premisa es que para conseguir lo necesario para ser feliz y para vivir hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de pago. La segunda premisa es que no hay que conformarse con lo conseguido y siempre hay que buscar más. En cuanto a las presunciones tácitas, la primera es que la gente tiene una capacidad de trabajo que vender y puede ganarse la vida ofreciéndola a cambio de dinero. Así se muestra al trabajo como el estado normal de la condición humana: el trabajo es normal, no trabajar es anormal. Por último, la otra presunción sostiene que sólo el trabajo cuyo valor es reconocido por los demás (trabajo que puede venderse y tiene quien lo compre) posee valor consagrado por la ética del trabajo. El trabajo es hoy una necesidad (Heller, 1996) constituida a partir de tecnologías específicas. Sin embargo, no cualquier actividad es trabajo, y no todo trabajo es “digno”.

Durante los últimos años, la ciudad de Buenos Aires asistió a un notable crecimiento de personas recorriendo las calles de la ciudad en busca de materiales que puedan ser reutilizables. Si bien el cirujeo cuenta con una prolongada historia, esta aparición masiva de cartoneros invisibilizó la historia de la actividad y las trayectorias de las personas que la realizaban, a partir de lo cual se tendió a homogeneizar los sentidos que la actividad adquiría para estas personas.

Por su parte, también se tendió a pensar, casi linealmente, que la causa de la aparición masiva de cirujas en las calles se debía al crecimiento del desempleo que para el año 2002 batía los records históricos. Estas invisibilizaciones son

particularmente notorias cuando se comparan la percepciones que tienen los cirujas estructurales y los nuevos cirujas con respecto a su actividad, edificada a partir de marcos históricos de entendimiento social que, si bien construidos bajo procesos de imaginarios sociales y de idea de trabajo hegemónica, cuentan con trayectorias diferenciales que hacen que las maneras de vivenciarlos sean diferentes y que en gran parte explican los comportamientos ante el cirujeo.

De esta forma, en este trabajo me interesó centrarme en el entramado de representaciones, discursos, emociones que construyen el cirujeo para los que realizan la actividad así como las estrategias que estos despliegan en pos de reposicionarse como sujetos y poder acceder a los recursos a partir de una actividad estigmatizada, en un contexto excluyente. Me centré en la manera en que las personas que comenzaron a cirujear desde mediados de la década de 1990 viven y estructuran la actividad. A partir del análisis demostré cómo los sujetos reconstruyen sus prácticas a partir de sus trayectorias de vida, los sentidos que adquieren las prácticas de los cirujas no sólo pueden entenderse a partir de las transformaciones ocurridas durante la década de 1990 en el plan de lo económico sino también a partir de las experiencias personales históricamente construidas.

Si como establecí para los cirujas estructurales, la realización de la actividad supone una forma habitual de vida, para los nuevos, en cambio, la *salida* a la calle aparece como un elemento simbólico disruptivo. Esto se debe no sólo a que no es para estos el curso de acción “natural”, “lógico”, de ganarse la vida cirujeando sino también porque es la propia dinámica de las relaciones en la ciudad que tiende a ponerlos en el lugar de un “otro” no deseado, no merecedor de hacer uso de ella. Es en este marco que se puede entender la vergüenza y el estigma que aparece en algunas personas. La vivencia de ser cartoneros para los que cuentan con una trayectoria laboral previa, no sólo enfrenta a las personas a los estigmas y los propios prejuicios sino que expone públicamente su situación de pobreza ante conocidos y desconocidos.

Los condicionamientos se presentan tanto a nivel familiar como en los barrios porteños. Por un lado, en la salida se conjugan la necesidad de los hombres de sentirse nuevamente útiles y proveedores del sustento familiar, al tiempo que precisan de alejarse de sus barrios para no ser vistos por los allegados. Este mismo intento de pasar desapercibidos ocurre en las calles de la ciudad donde son vistos

como el exponente de un “otro” contaminante y peligroso, o sea, más que estar (in)visibilizados, son (re)visibilizados. Sin embargo, y en pos de revertir esta situación y con la necesidad de generar predictibilidad a la hora de recolectar materiales y acceder a recursos, la visibilidad se transforma en un capital importante. Así, los cartoneros van generando relaciones de afinidad con personas a partir de la confianza con lo que denominan “clientes”. El “cliente” necesita poder identificar al cartonero y el cartonero necesita que el “cliente” lo vea como tal. De esta forma, la sensación de no ser reconocido, de ser un anónimo como cualquier persona en la gran ciudad, se entremezcla con la necesidad de ser aceptado por el otro como un receptor de residuos. En este sentido, vivir la pobreza en público se ve atravesada por esta tensión: la visibilidad necesaria y la invisibilidad añorada.

Los cirujas conviven con la visión propia y ajena de estar realizando una actividad estigmatizada, que genera una serie de sentimientos (como la vergüenza) y que preferirían pasar desapercibidos. Por otro lado, con que es una tarea imposible de ser escondida y que para generar predictibilidad a la hora de recolectar la cantidad de materiales suficientes para sobrevivir es necesario que sean reconocidos no sólo como cirujas sino también personalmente. Para ello, los cartoneros, están constantemente activando relaciones de afinidad con los posibles dadores de residuos, que se basa en la generación de confianza entre unos y otros. Es en este complejo y contradictorio proceso que se configuran los cirujas en una ciudad que tiende a alejarlos.

He dado cuenta de que la vergüenza no es una emoción natural que se expresa al trabajar con los desechos. Los cirujas estructurales, por ejemplo, recuerdan su trayectoria con orgullo. De la misma forma, si bien es cierto que es una actividad estigmatizada, tampoco todos lo sienten de la misma manera. El salir a la calle, y luego, el transitar por ella, intentando esconderse y generar relaciones estables marcan la complejidad del proceso de acceso a la ciudad. Por un lado, por la propia concepción que los sujetos tienen sobre sí mismos. Las memorias sociales, las trayectorias individuales, los deseos y expectativas de ser trabajador siguen marcando las pautas morales dentro de las cuales se puede ganar la vida dignamente. Entonces, surge la vergüenza de ser visto haciendo algo que tanto otros como ellos consideran indigno. Al mismo tiempo, los propios imaginarios sobre la ciudad juegan un papel importante. Los contactos en la calle, en una ciudad que

ha sido históricamente pensada como una ciudad de elite, a la que se debía (y se debe) merecer, hacen que la puesta en escena de la pobreza se haga de manera conflictiva.

Al mismo tiempo, este artículo ilumina una faceta que suele ser dejada de lado: me refiero a las relaciones de contacto entre personas de diferentes grupos sociales a partir no sólo del conflicto sino de la afinidad. En esta línea, se puede avanzar en la complejización del mundo social dando cuenta de que anonimato/cara a cara y vergüenza/dignidad, no son pares opuestos de relaciones sino partes de un mismo proceso. La generación de confianza, funciona como una suerte de antídoto ante la vergüenza y el estigma ya que al ser reconocidos se van colocando en una posición diferente.

Por su parte, es posible marcar que si la pobreza es una carga en ciertos ámbitos, en algunos momentos debe ser escondida, en otros es una puerta a la obtención de recursos y de generación de lazos de afinidad.

Por su puesto no se debe pensar que los contactos borran las diferencias. Las relaciones que se generan en los contactos entre cirujas, vecinos y clientes, dan cuenta de una creciente desigualdad social. Son actos que a la vez que la admiten, refuerzan los límites de mundos que se acercan y al mismo tiempo se alejan.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Leguizamón, Sonia (2008). *Pobreza y Desarrollo en América Latina*. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- Amendola, Giandomenico (2000). *La Ciudad Posmoderna. Magia y Miedo de la Metrópolis Contemporánea*. Madrid: Celeste Ediciones.
- Archetti, Eduardo (2003). *Masculinidades*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Balbi, Fernando (1995). Las paradojas de la regularidad. Algunas consideraciones en torno al papel de los intermediarios en el proceso productivo pequero del área del Delta entrerriano". En *Producción doméstica y capital. Estudios de antropología económica*. Hugo Trincherro, Ed. Buenos Aires: Biblos.
- Bauman, Zygmunt (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (1999). Las contradicciones de la herencia. En *La miseria del mundo*. Pierre Bourdieu, Dir. Buenos Aires: FCE.
- Carrigan, Tim; Connell, Bob y Lee, John (1985). Toward a New Sociology of Masculinity. *Theory and Society* 14 (5): 441-604.
- Cravino, María Cristina (2006). *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Cravino, María Cristina (2008). *Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. Los Polvorines: UNGS.
- Crovara, María Eugenia y Girola, María Florencia (2008). El barrio de Puerto Madero y la villa de la Costanera Sur: reflexiones etnográficas sobre los procesos de recualificación cultural. Ponencia presentada en *el Seminario Ciudad y programas de hábitat*, Los Polvorines, 4 y 5 de diciembre de 2008.

- Delgado Ruiz, Manual (1999a). Anonimat i ciutadania. Dret a la indiferencia en contextos urbans. *Revista catalana de sociologia* 10: 9-22.
- Delgado Ruiz, Manual (1999b). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- Dumont, Louis (1666). *Homo hierarchicus: essai sur le système des castes*. París: Gallimar.
- Escliar, Valeria; Mutuberría Lazarini, Valeria; Rodríguez, María Florencia; Rodríguez, Paula (2007). *Cartoneros ¿Una práctica individual o asociativa? Ciudad de Buenos Aires, año 2004-2005*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Fiori Arantes, Otilia Beatriz (2000). Uma estratégia fatal. A cultura nas novas gestoes urbanas. En *A Cidade do Pensamento Unico. Desmanchando consensos*. Otilia Arantes, Carlos Vainer y Ermínia Maricato, Orgs. Petrópolis: Editora Vozes.
- Gaulejac, Vincent de (1996). *Les sources de la honte*. Paris: Desclée de Brouwer.
- Gené, Marcela (2005). *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo 1946-1955*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés/ FCE.
- Geertz. Clifford (1992) La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa.
- Goffman, Erving (1959). *The presentation of self in everyday life*. New York: Anchor Books.
- Goffman, Erving (1979). *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.
- Goffman, Erving (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Grassi, Estela; Hintze, Susana; Neufeld, María Rosa (1994). *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*. Buenos Aires: Espacio.
- Guber, Rosana (2002). El cabecita negra o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina. En *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. Sergio Visacovsky y Rosana Guber, Comps. Buenos Aires: Antropofagia.
- Heller, Agnes (1996). *Una revisión de la teoría de las necesidades*. Barcelona: Paidós-U.A.B.
- James, Daniel (2005). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI eds.
- Kaztman, Rubén (2001). Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos". *Revista de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)*, N° 75: 171-189.
- Kessler, Gabriel; Di Virgilio, Mercedes (2008). La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y argentina en las últimas dos décadas. *Revista de la CEPAL* 95: 31-50.
- Koury, Mauro Guilherme Pinheiro (2005). A Antropologia das Emoções no Brasil. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção* 12 (4): 239-252.
- La Taille, Yves de (2002). O Sentimento de Vergonha e suas Relações com a Moralidade. *Psicologia: Reflexão e Crítica*. 15(1): 13-25.
- Lacarrieu, Mónica (2005). Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis. En *Buenos Aires a la deriva*. Max Welch Guerra, Ed. Buenos Aires: Biblos.
- Lomnitz, Larissa Adler (2004). Confianza, redes sociales y economía informal: un análisis comparado. *Anuario de Estudios en Antropología Social* 2004: 9-26.
- Lutz, Catherine (1986). Emotion, Thoughts, and Estrangement: Emotion as a Cultural Category. *Cultural Anthropology* 1 (3): 287-309.
- Merklen, Denis (1991). *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos Editora.
- Merklen, Denis (2000). Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90. En *Desde Abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*. Maristella Svampa, Ed. Buenos Aires: UNGS- Biblos.
- Minujin, Alberto (ed.) (1992). *Cuesta Abajo. Los Nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF/Losada.
- Nun, José (2001). *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: FCE.
- OIM-UNICEF (2005). *Informe sobre trabajo infantil en la recuperación y reciclaje de residuos*. Buenos Aires.
- Oszlak, Oscar (1991); *Merecer la Ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires: Humanitas-CEDES.

- Paiva, Verónica (2008). *Cartoneros y cooperativas de recuperadores. Una mirada sobre la recolección informal de residuos. Área Metropolitana de Buenos Aires, 1999-2007*. Buenos Aires: Prometeo.
- Paiva, Verónica; Perelman, Mariano (2008). Recolección y recuperación informal de residuos. La perspectiva de la teoría ambiental y de las políticas públicas. Ciudad de Buenos Aires. 2001- 2007. *Cuaderno Urbano* 8 (octubre): 35-54.
- Paiva, Verónica; Perelman, Mariano (en prensa). Aproximación histórica a la recolección formal e informal en la ciudad de Buenos Aires: la "quema" de Parque Patricios (1860-1917) y la del Bajo Flores (1920-1977). *Theomai* 21 (primer semestre 2010).
- Perelman, Mariano (2007). El cirujeo ¿rebusque o trabajo? Un análisis a partir de las transformaciones de la actividad en la Ciudad de Buenos Aires. Schamber, Pablo y Suárez, Francisco, Comp. *Recicloscopio. Miradas sobre recolectores urbanos de residuos en América Latina*. Buenos Aires: UNLA/UNGS/Prometeo.
- Perelman, Mariano (2008). De la vida en la quema al trabajo en las calles. El cirujeo ciudad de Buenos Aires. *Avá, Revista de Antropología* 12, (julio): 117-135.
- Perelman, Mariano (2009). Haber sido y ser. De trabajadores y cirujas en la Ciudad de Buenos Aires (1977-2007). Actas de la VIII Reunión de Antropología del Mercosur. Buenos Aires: UNSAM.
- Prevot Schapira, Marie-France (2002). Buenos Aires en los 90, metropolización y desigualdades. *EURE* 28 (85): 31-50.
- Ratier, Hugo (1972). *Villeros y villas miserias*. Buenos Aires: CEAL.
- Salvia, Agustín y Eduardo Chávez Molina, Comps. (2007). *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Schamber, Pablo (2008). *De los deshechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: SB.
- Schamber, Pablo. (2006). Morfología del fenómeno cartonero. Wilde, G. y Schamber, P. (comp.) *Culturas, comunidades y procesos urbanos contemporáneos*. Buenos Aires: SB.
- Secretaría de Medio Ambiente (2001). *Estudio de Calidad de RSU*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Suárez, Francisco (1998). "Que las recojan y arrojen fuera de la Ciudad", *Historia de la gestión de los residuos sólidos (las basuras) en Buenos Aires*, Documento de trabajo N° 8. Los polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Suárez, Francisco (2001). El cirujeo se convierte en un trabajo informal. Nota del Diario *La Nación*, 1 de Julio de 2001.
- Suárez, Francisco (2001b). Actores Sociales de la Gestión de Residuos Sólidos de los Municipios de Malvinas Argentinas y José C. Paz. Tesis de Maestría en Políticas Ambientales y Territoriales no publicada. Secretaría de Posgrado. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Svampa, Maristela (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios privados*. Buenos Aires: Biblos-UNGS.
- Torrado, Susana (2003). *Historia de la familia en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Torre, Juan Carlos; Pastoriza, Elisa (2003). La democratización del bienestar. Torre, Juan Carlos, Dir. *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955). Tomo 8*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Velho, Gilberto (1981) Individualismo e cultura: notas para uma antropologia da sociedade contemporânea. Rio de Janeiro: Jorge Zahar editor.
- Velho, Gilberto (1994) Projeto e metamorfose. Antropologia das Sociedades complexas. Rio de Janeiro: Jorge Zahar editor.
- Ziccardi, Alicia (1983). Villas miserias y favelas: sobre las relaciones entre las instituciones del Estado y la organización social en las democracias de los años sesenta. *Revista Mexicana de Sociología* 1 (enero-marzo): 45-67.